

BIBLIOGRAFIA

former de manière que l'aspect bénéficial soit traité comme secondaire; des principes ont été rappelés, qui témoignent d'une meilleure prise de conscience de la finalité du patrimoine ecclésiastique et de la nécessité d'aménagements en ce domaine. On notera aussi les orientations suggérées par le Synode romain, art. 734, 735, qualifiant le bénéficié d'administrateur et les efforts des synodes provinciaux en vue de fixer la *congrua* et de déterminer les oeuvres pies auxquelles doivent revenir les revenus superflus (p. 366).

Si l'information historique est généralement excellente, l'A. a, sans doute, par une trop grande fidélité à l'*Hispana*, méconnu la véritable nature de certains sources qu'il cite. N. 40: ce n'est pas le concile de Vaison (442), c. 4 qui renouvelle la prescription des S.E.A., mais ceux-ci qui lui ont emprunté; n. 90, la décrétale de s. Léon aux évêques de Sicile date de 21 octobre 447, P. L. 54, 704; n. 90, le prétendu c. 4 du Ve concile de Carthage (398) de l'*Hispana* est, en réalité, le c. 31 de la première session (25 mai) du concile de Carthage de 419, P. L. 56, 872; n. 169, le prétendu c. 59 du concile d'Agde (506) n'est autre que le c. 12 des *Sententiae* anonymes (vraisemblablement de confection wisigothique) rédigées d'après Epaoine (517), cf. G. Morin, *S. Caesarii Arelatensis opera omnia*, II, Maretioli, 1942, p. 56, sq. Il est permis aussi de regretter que, pour les textes les plus anciens, l'A. ne cite jamais les travaux de C. H. Turner, ou de F. Maassen.

V. de R. nous a donné une étude magistrale sur le système bénéficial, qui répond excellemment au voeu formulé par Paul VI, dans son audience du 17 octobre 1963, au sujet d'une «théologie concrète et historique». Un effort semblable s'impose pour les institutions canoniques dont la nature profonde et les revêtements contingents méritent d'être mieux connus, si elles doivent être rénovées avec courage et sagesse. Qu'il soit félicité pour son initiative de pionnier.

CHARLES MUNIER

JEAN DELUMEAU, *Naissance et affirmation de la Réforme*, 1 vol. de 417 págs., París, Presses Universitaires de France, 1965.

Al igual que otros grandes procesos históricos —Ilustración, Revolución francesa, movimiento católico del XIX, etc.— la in-

terpretación del fenómeno de la Reforma ha sufrido en fecha reciente una profunda y esencial modificación. Aparte de los factores de orden historiográfico que más tarde señalaremos, esta radical mutación, como en la casuística de todos los demás grandes cambios de perspectiva, se encuentra en el clima ambiental en que se ha producido. A la luz del Vaticano II y cuando por todos lados se emprenden caminos de retorno, la visión del movimiento reformista ofrecida por manuales y libros, informados la mayor parte de las veces por un espíritu nacionalista y estrecho, se muestra, cuando menos, evidentemente anacrónica.

Las motivaciones historiográficas de este giro se hallan principalmente en el ensanchamiento del conocimiento del siglo XVI, a consecuencia de la multiplicidad de las técnicas investigadoras y de la abundancia de trabajos que ha suscitado en los últimos veinte años. Sus resultados habrían sido sin embargo, escasos, si la mayoría de los historiadores no hubieran abandonado las viejas posiciones apriorísticas, cubiertas frecuentemente de un tinte maniqueo. En esta empresa, previa a toda labor historiográfica de gran aliento, han rivalizado por igual figuras de diversas procedencias y credos. En ella han colaborado un agnóstico como Lucien Favre, un fervoroso protestante como Leonard y un sincero católico como Dellarruelle.

El enriquecimiento de la nueva visión en que han desembocado tales esfuerzos no podía menos de hacer sentir la utilidad de una síntesis con destino al público universitario. Ello ha sido intentado, con pleno éxito, por Jean Delumeau, dentro de la colección francesa «Nouvelle Clio», cuya simple comparación con la anterior de semejante título y finalidad demuestra cómo uno de los rasgos sustanciales de nuestra época —«la aceleración histórica»— se ofrece precisamente, en los países de notable densidad cultural, en la Historia, acaso con mayor relieve que en ninguna otra ciencia del espíritu.

Según es preceptivo en los diversos volúmenes que integran la citada colección, la obra comentada se divide en tres secciones. La primera, dedicada a la presentación de las fuentes documentales y bibliográficas más importantes (hay en ella un completo e injusto olvido de algunos títulos españoles valiosos sobre la reforma católica debidos a Sañz Rodríguez, Villoslada, Llorca, Marín Martínez, etc.);

una segunda, la más extensa con gran diferencia de las tres, en la que se hace una tipificación del fenómeno reformista hasta Westfalia y de las diversas corrientes que suscitó; y una última, en que se expone el estado de la cuestión sobre algunos de los aspectos más importantes y debatidos —casuística del movimiento protestante, psicología y caracterización de Lutero, relaciones entre espíritu calvinista y capitalismo comercial— y la problemática sobre la que deberán centrarse los estudios e investigaciones posteriores. Un completo y detallado índice de materias, personas, lugares y autores, cierra, finalmente, la obra.

Sus principales valores se contienen en la objetividad y serenidad en que se desenvuelve en todo momento el autor («Hemos intentado —confiesa en la breve y excelente introducción en que se puntualizan los conceptos de "Reforma", "reformas" y "Contrarreforma"— hacer a la par trabajo de historiador y obra de paz); en la equilibrada y precisa descripción de la historia del proceso reformista en la que la numerosa bibliografía empleada es bien dosificada y no pretende nunca ahogar la narración; en la penetración y vigor de los esquemas interpretativos de algunos de sus rasgos claves, presentados en forma propia y original. Las conclusiones de la obra son un claro exponente de cómo el autor posee una coherente axiología, que le impide caer, en un terreno cruzado por las más diversas corrientes y tendencias historiográficas, en la relatividad o en la inconsecuencia. Un breve apunte de algunas de éstas no caracterá quizá de interés.

En contra de las escuelas de orientación marxista —reacción en gran parte, conviene tenerlo en cuenta, a cómodas y simplistas interpretaciones anteriores— que ven en la reforma protestante un acontecimiento que debe enmarcarse en el contexto de las fuerzas económico-sociales que motivaron la aparición del mundo moderno y del que sólo constituyó un aspecto más, Delumeau se adhiere, sin desdeñar las corrientes de tal tipo que en la Reforma confluyeron y que, en cierta medida, condicionaron su evolución, a una interpretación ideológica y espiritual. Bisagra indiscutible de la historia occidental, la Reforma —en su doble dimensión católica y protestante— fue, ante todo, una respuesta «religiosa a la gran angustia de la moribunda edad media» (p. 48). Sólo los que observan al alma desde un ángulo materialista pueden creer que el vacío spi-

ritual experimentado por una gran parte de la humanidad europea del «otoño medieval» y de los inicios del Renacimiento, se cubrió con el esfuerzo de la actividad económica o la búsqueda de nuevas fuentes de riqueza.

Frente a las investigaciones que presentan algunas de las fases más destacadas del proceso a la exclusiva luz de los factores económicos, Delumeau demuestra cómo éstos son científicamente insuficientes para una completa explicación. Conforme a las tesis marxistas, Italia debió ser el centro del movimiento protestante por figurar a la cabeza del mundo comercial y mercantil de la época. Y, sin embargo, al igual que las profecías de Marx sobre la revolución proletaria contemporánea, la Reforma se inició en regiones estancadas en una economía feudal, ajenas a la formación del capitalismo renacentista.

En opinión de Delumeau, concorde con la de los últimos estudiosos de la época, es de igual manera falsa la concepción de la Reforma como una lucha de clases. En todos los estratos sociales hubo adeptos a las ideas reformistas, siendo, según los lugares y circunstancias, distinto el comportamiento de los diferentes estamentos respecto a la aceptación o no de las doctrinas protestantes. A veces, el pueblo fue el elemento decisivo en la adhesión de una determinada región o ciudad; en otras, por el contrario, el cambio al credo luterano-calvinista fue protagonizado por las clases burguesas o nobiliarias. «Si se quiere, pues —concluye en este punto el autor— dar, en cada caso particular, como explicación *fundamental* de la adhesión de un grupo social a la Reforma una razón económica-social, se llega, en líneas generales, a conclusiones contradictorias puesto que se justifica el paso al protestantismo de clases opuestas entre sí por motivos materiales: príncipes, burgueses, caballeros empobrecidos, campesinos alemanes o artesanos de las ciudades» (pp. 269-270).

A esta luz sería necesario estudiar, como ha advertido agudamente Lapeyre, la recepción de las doctrinas erasmistas y protestantes en la España del XVI, y, en particular, de la modalidad iluminista. Para una gran parte de los estudiosos de la religiosidad hispánica del Quinientos —Marcel Bataillon, Américo Castro, etc.— las citadas corrientes —sobre todo, importa insistir, las que dieron lugar a la secta de los «alumbrados»— se expandieron a través de la clase de los conversos. Sin em-

BIBLIOGRAFIA

bargo, las precisiones de Domínguez Ortiz, Lapeyre y Caro Baroja junto con las de otros historiadores por ejemplo, los rusos Sinoff y Poliakov— han puesto de relieve cómo éstos, más que una clase, constituyan una categoría social repartida en todos los estamentos de la vida del país. Las múltiples rivalidades y querellas de las élites dirigentes a propósito de la limpieza de sangre —«desgarrar la túnica inconsútil de Cristo», denominará a estas discriminaciones un converso, publicista y crítico de la época de Felipe II, Alejo Venegas— fueron tan sólo la manifestación más estruendosa de una situación real y generalizada.

Tras todo lo expuesto, parece innecesario rechazar la interpretación de la Reforma como resultado de las costumbres licenciosas y del relajamiento casi general de la jerarquía y clero católicos. Aquéllas, aunque tal vez con menor amplitud y extensión, habían existido en la Cristianidad medieval y nunca provocaron un acontecimiento de tal magnitud. En mayor o menor medida, los fieles siempre habían visto en tal situación una prueba más del origen sobrenatural de la Santa Iglesia y de sus fines trascendentes. Por lo demás, como señala Delumeau, cuando las medidas disciplinares adoptadas en Trento hicieron casi desaparecer la corrupción de costumbres en el clero católico, no por ello se detectó ningún movimiento de acercamiento a Roma en el mundo protestante. Desde su nacimiento, éste estableció sus fronteras con el catolicismo en el terreno dogmático y moral. La comunión bajo las dos especies o el valor de sacrificio de la misa, figuraron en todos los programas de discusión y controversia entre ambos credos desde los días en que pareció posible evitar la total ruptura. El motor principal de la resistencia de los nobles bohemos a Roma fue la cuestión del «traquismo», que se hallaba en la línea de una tradición nacional, arrancada de las prédicas hussitas.

Maritain, con frase efectista, sitúa la aparición de la modernidad «en la celda donde Lutero discutió con el Diablo» (*Tres Reformadores*, Madrid, 1948, p. 23). Sin quitar intuición al pensamiento del filósofo francés, es obvio que sólo a título de impresionismo científico puede aceptarse. Por poderosas e incontenibles que fueran las tentaciones de concupiscencia sufridas por Lutero antes de abandonar su orden y romper con Roma, es exagerado, incluso inadmisibles, desde la óptica de la historio-

grafía actual, considerarlas como la fuerza motriz e impulsora de la Reforma protestante. Última de las grandes tesis para una explicación total de éstas, la anécdota de un suceso personal —todo lo importante y trascendente que se quiera— no es tampoco válida.

Es muy difícil, en los grandes acontecimientos que marcan un punto y aparte en la historia del mundo, aislar uno de sus factores desencadenantes y valorar su influjo en relación a los que han actuado simultáneamente en el mismo sentido. No obstante, tanto por el repudio de las diversas tesis que pretenden dar una explicación global del fenómeno como por su concordancia con la más profunda realidad de sus hechos, una interpretación religiosa —«teológica», escribe Delumeau— de la Reforma se impone incontrovertiblemente. Como afirma el mismo historiador «es preciso no infravalorar la complejidad de las causas de la Reforma. Pero la historiografía no marxista contemporánea es unánime en dar prioridad, en la jerarquía de las explicaciones de la crisis, a los fenómenos religiosos» (p. 279).

Uno de los temas de la Reforma que ha provocado mayor número de estudios y polémicas es el ya mencionado de la vinculación entre el capitalismo y la doctrina calvinista. Durante varios años la tesis de los historiadores alemanes —sobre todo, Weber y Troesch— fue aceptada sin discrepancias. A fines de los años veinte fue, sin embargo, sometida a revisión por especialistas de diversas nacionalidades y confesiones religiosas, prolongándose hasta nuestros días los ecos de la polémica entablada entonces. El enfoque actual de la cuestión —al que no se han adherido, como es natural, la totalidad de los estudiosos, pero sí una gran parte— se sitúa casi en las antípodas de la posición inicial. «No parece —escribe Delumeau, resumiendo, como queda dicho, el punto de vista de un gran número de especialistas— que la Reforma en sus inicios haya acelerado el desarrollo del capitalismo financiero y comercial. En el siglo XVI, todos los Fugger, salvo uno —Enrico— permanecieron católicos. En la época de las guerras de religión, en Francia y Flandes el centro bancario más importante de Europa occidental fue Génova, y los más grandes banqueros fueron genoveses, españoles y florentinos. En otro aspecto, ¿cuáles fueron las empresas más grandes del XVI? Las de los Fugger, las minas de alumbre de Tolffa y el

arsenal de Venecia: las tres católicas. Se puede, además, pensar con H. Luthy, que Amsterdam no triunfó sobre Amberes «por su propia vitalidad, sino por el asesinato metódico de su rival». Por último, la reforma fue seguida en Alemania de un verdadero desplome económico. Por el contrario, los grandes señores canónigos del Principado de Lieja y sus funcionarios jugaron, en esta región, en el XVI, un importante papel como promotores de la economía nueva» (p. 311).

Aunque la obra comentada se centre en el estudio de los episodios iniciales del movimiento reformista, es inevitable que en ella se aluda a la reacción que provocó en el mundo católico. Esta reacción, si bien en un sentido mucho más restrictivo que el dado hasta fechas próximas, es englobada, a pesar de tales matizaciones, bajo el nombre inexacto de Contrarreforma. La reforma católica, cuyas bases estaban echadas con notable anterioridad a la aparición de la doctrina luterana, no tuvo su origen en un movimiento de negación o de defensa, como el propio autor no deja de advertir en algún pasaje de su obra. La inexactitud en el empleo de este término, que da lugar a equívocos y a conceptos no clarificados, es tal vez la falla más considerable del importante libro de Delumeau, que deja abierto el tema, suprimidas todas las adherencias extracientíficas, a estudios monográficos que no pueden dejar de ser fecundos y valiosos si siguen el rumbo trazado por el historiador francés.

JOSÉ MANUEL CUENCA

JEAN-BAPTISTE DUROSELLE, *Historia del catolicismo*, 1 vol. de 134 págs., Méjico, Edit. Diana, 1965.

Juan Bautista Duroselle es uno de los más prestigiosos historiadores franceses del momento presente. El impacto de su tesis doctoral sobre «Les debuts du Catholicisme social en France (1822-1870)» (París, 1951), sólo puede compararse con el ejercicio por las grandes obras maestras de Marc Bloch, Fabvre o Braudel. Con posterioridad, Duroselle se ha especializado en el estudio de las relaciones internacionales —desde una óptica muy diferente a la de la vieja y desfasada historia diplomática—, sustituyendo hace pocos años a su maestro y máximo especialista en la materia, Pierre Renouvin, en la cátedra de la Sorbona.

Algunos de los caracteres que darían

posteriormente a su obra prestigio y audiencia mundiales —poder de síntesis, rica problemática, hondura en el análisis, rigor metodológico—, ya se reflejan, si bien, conforme a la índole de la publicación, en términos minúsculos, en el libro que reseñamos, traducción —no muy fluida— de un pequeño manual de la famosa colección francesa de alta divulgación «Que sais-je?».

En 130 páginas —cifra de oro de la citada colección— es evidente que apenas puede desbrozarse el largo camino histórico recorrido por el catolicismo, en su dimensión temporal, hasta la actualidad. El éxito o fracaso de una obra de este género se cifra, pues, sin duda, en el acierto o desacierto del autor en plantear las cuestiones medulares y en tocar sus centros neurálgicos. Duroselle lo ha realizado, acaso con una atención excesiva a la problemática francesa.

Así, por ejemplo, aunque es indudable que el galicanismo presenta la morfología perfecta del fenómeno regalista, también lo es que el conocimiento de éste queda incompleto si no se estudian las modalidades que revistió en otros países. De igual manera, en el análisis que dedica el autor al movimiento de las Cruzadas queda algo desdibujada, en relación a la presencia francesa, la participación en la empresa cristiana de otras naciones europeas. La conmoción revolucionaria —y nos detenemos tan sólo en aquellos acontecimientos o fenómenos cuyo radio de acción y consecuencias extravasan ampliamente los moldes nacionales— es también observada por Duroselle desde un ángulo excesivamente francés, escapando a su descripción facetas y hechos de indiscutible trascendencia, sacrificados, muchas veces, a una visión alicorta. Quizá si el título del libro se le hubiera añadido el calificativo de francés, habría expresado mejor su contenido y enfoque.

Como es obvio, en un historiador como Duroselle y en una materia como la estudiada, este chauvinismo no se refleja nunca en el énfasis del lenguaje o en pueriles declaraciones de orgullo patrio, sino que late subyacente a lo largo de toda la obra, manifestándose, de manera particular, en la selección temática.

El libro reseñado conoció una segunda edición en 1963 —de la que se ha traducido la versión castellana— en la que el autor incorporó a la lista bibliográfica